

**Rosa Montero**

El peligro de estar cuerda



## LECTURAS

**Nicole M. Moreno**

### El peligro de estar cuerda

**Rosa Montero**

Seix Barral, 2022

*“Y es que también los locos (supongo que ellos más) están muertos de miedo ante la locura”*

**Rosa Montero**

“Tengo la impresión de estar haciendo una especie de autopsia invertida de la creatividad”, afirma la española Rosa Montero en esta suerte de ensayo que busca establecer el vínculo entre “la creatividad y cierta extravagancia”. Para responderse a si ser artista te hace más proclive al desequilibrio mental o viceversa, la periodista, psicóloga y (sobre todo) novelista, se sumerge en un recorrido íntimo por su historia personal, pero también naufraga por la vida de aquellos creadores que nos han dejado un incommensurable legado, “como la niña que ha desmontado por completo el reloj de la abuela y ahora, sentada en el suelo y rodeada de piezas, va cogiéndolas de una en una intentando entenderlas”.

El disparador que da lugar a esta investigación se evidencia desde una de sus premisas iniciales: “Siempre he sabido que algo no funcionaba bien dentro de mi cabeza”. La escritora nos regala una anécdota de su infancia que sustentaría dicha creencia: todas las noches antes de dormir, le pedía a su madre que escondiera un adorno de cobre de su cuarto ante el temor de envenenarse involuntariamente mientras lo lamía sonámbula. Ante dicha excentricidad y ya desde una perspectiva adulta, Montero comenzará a preguntarse por los límites entre la normalidad y la rareza, entendiéndola a la primera como una construcción estadística derivada de lo más frecuente.

Una de las preguntas preliminares que se hace para lograr este desmembramiento de la creatividad es: ¿Por qué escribimos lo que escribimos? Y a lo largo del texto irá esbozando distintas teorías. La primera, afirma, tiene que ver con la falta de firmeza en el ser de los es-

critores y la experimentación de una pluralidad, lo cual se ve claramente reflejado en el gusto por los seudónimos, los impostores, los juegos en torno a la dualidad, etc. Escribir nacería como un deseo de escapar del encierro de la propia vida, como ella misma afirma: “una sola existencia por muy grande y muy buena que sea siempre será una especie de cárcel, una mutilación de las otras posibles realidades, de los otros individuos que pudimos ser. Contenerse dentro de una sola identidad resulta empobrecedor”.

Otra de las hipótesis que propone tiene que ver con el acto de escribir como intento de transformar el horror en algo valioso. Según su investigación, un factor común en muchos de los artistas es el de una experiencia temprana de pérdida, un desencuentro prematuro con la vida. La creatividad estaría ligada entonces, o emergería, a partir de este encuentro temprano con el trauma. Y cita al cineasta George Pollock: “el acto creativo es un intento siempre vano de reparar dicha pérdida”.

En el transcurso del libro, además, va reuniendo los rasgos de personalidad que caracterizan al perfil del creador. Uno de ellos tiene que ver con la incesante necesidad de experimentar emociones agudas, de vivir en un cierto nivel de euforia porque la vida les resulta insuficiente, los proclamaría como “Yonquis de la intensidad”. Y no se queda simplemente con la descripción de los hechos, también busca establecer el origen de este rasgo: plantea que la dificultad para experimentar la realidad de manera directa tiene que ver con la disociación experimentada en la infancia como modo de defensa ante el trauma. Y redobla la apuesta mencionando que para poder hacer propio el dolor, para poder experimentarlo “es posible que tengamos que contárnoslo atribuido a un personaje, o alojado (y alejado) en un verso”.

Particularmente interesante resulta la cita del belga suizo Henri Roorda, autor del libro *Mi suicidio*, quien escribió justo antes de matarse: “Me había hecho de la vida una idea completamente falsa. Daba mucha importancia a todo aquello que es excepcional: el entusiasmo, la exaltación, la embriaguez... el hombre normal es aquel que sabe vegetar”, o de Carrère, quien afirma: “No tengo acceso directo a la experiencia, siempre debo adosarle palabras”. De esta incapacidad de “vivir sin más, directa y llanamente como el perro que se tumba bajo el rayo del sol” es que surge otra de las características a las que Montero le dedicará unas cuantas páginas: el temperamento adictivo.

Fitzgerald y el alcohol. Voltaire y el café, Nietzsche y el cloral, Freud y la cocaína, Philip Dick y las anfetaminas, Huxley y el LSD... infinitos son los ejemplos que la escritora va exponiendo al hacer un recorrido por el mundo de las adicciones en la historia del arte y la literatura. Y el uso de estas sustancias, *a priori* tan disímiles entre sí, tendrían un denominador común: un intento de acallar al yo consciente, facilitar la asociación de ideas. Citando a Fitzgerald: “cuando estoy sobrio todo aparece muy racionalizado”. Y en este punto Montero nos presenta una sugestiva analogía entre los requisitos para escribir bien, bailar bien y hacer bien el amor: hay que anestesiarse al yo controlador. Dice: “Nunca aprendí a bailar agarrado y lo hago mal. Pero a veces estoy intentándolo y de pronto me doy cuenta de que llevo un buen rato sin pisarlo, moviéndome al unísono. Eso sí, justamente en el momento en que me hago consciente de ello, pierdo el ritmo, tropiezo, se acaba la danza milagrosa”. Ahora bien, el recorrido por la historia de los antes mencionados acaba evidenciando cómo todos terminan presos de la misma paradoja: la propia sustancia que en un momento les facilita la palabra termina por arrebatarlas. Dice Montero: “la musa química acaba primero con la obra y luego con el autor”. Y cita a Bukowski quien, a sabiendas ya de esta condena, afirmaba: “beber ayuda a crear, aunque no lo recomiendo”.

Siguiendo con las características comunes a este *cluster* de gente, la escritora enuncia otro rasgo llamativo: la tendencia a la extravagancia. En su proceso de exploración, Montero se encontró con ciertas peculiaridades

en el comportamiento de los escritores, lo cual resume muy bien citando al psiquiatra Philippe Brenot: “Parece razonable pensar que esa creatividad es la expresión de una estructura estafalaria de personalidad de la que proceden, además de la obra, las dificultades de la vida”. A esta extravagancia se añade la tendencia a una hipersensibilidad emocional y sensorial (las denominadas Personas Altamente Sensibles/PAS), una de cuyas manifestaciones es la propensión a una cosmovisión trágica de la vida, a pensar en términos de potenciales desgracias, citando a Sylvia Plath: “soy ese tipo de mujer que cuando empieza a llover solo puede pensar en ventanas abiertas”. Tal vez la cita del texto que mejor resume esta asociación entre estructura de personalidad y creatividad sea la del novelista francés Marcel Proust, quien afirma que “todo lo que conocemos que es grande proviene de los nerviosos”.

Por último, y no por ello menor, destaca otras cualidades propias de quienes se han dedicado a concebir una creatividad productiva: la tenacidad y la tendencia al perfeccionismo. Y para ambos atributos toma de ejemplo a Picasso, quien ha afirmado que “la obra es 1% de inspiración y 99% de transpiración”. Para ahondar en estas características nos narra cómo su exigencia era tan grande que a menudo lo conducía a una inseguridad demoleadora, con dificultad para terminar un cuadro y en consecuencia con el hecho de tener tan poca obra.

Entre tantas hipótesis pareciera que la respuesta a sus interrogantes se le va deslizando a Montero entre renglones, tal vez con mayor claridad que cualquier otra teoría que va tejiendo finamente. Y si no puede dar cuenta del proceso de todos los escritores, al menos deja en claro qué la motiva a ella a escribir: sus novelas, dice, son sus pequeños delirios controlados, aquellos que la sujetan a la tierra y a los otros y por ende a la realidad. Cita una vez más a Sylvia Plath: “temo que la felicidad me vuelva perezosa”. Escribir como una válvula de escape. Escribir como una forma de sobrellevar las enfermedades. Escribir como una suerte de enajenación. Escribir como una entrega absoluta a lo imaginario. Porque, como dice la escritora, “escribiendo nos jugamos la aceptación en el mundo, la posibilidad de ser normales”.